

El monasterio del Santo Sepulcro de Zaragoza en los siglos XIX y XX

The monastery of the Holy Sepulchre of Zaragoza in the 19th and 20th centuries

MIGUEL TUTOR VICENTE*

Resumen

El monasterio del Santo Sepulcro de Zaragoza empuñó un papel estratégico durante los Sitios de Zaragoza (1808-1809). Los bombardeos que sufrió en este conflicto provocaron daños que fueron reparados en la primera mitad del siglo XIX. A finales de dicho siglo, la ruina parcial del convento en la calle de don Teobaldo permitió la ejecución de una nueva fachada hacia la ciudad. A lo largo del siglo XX, tras ser declarado Monumento Nacional, el Estado financió diversas intervenciones en el mismo, como la consolidación de la muralla, la construcción de un nuevo pabellón y la repriminación del claustro.

Palabras clave

Monasterio del Santo Sepulcro de Zaragoza, Sitios de Zaragoza, Ricardo Magdalena Tabuenca, Luis de la Figuera y Lezcano, Manuel Lorente Junquera.

Abstract

The monastery of the Holy Sepulchre of Zaragoza played a strategic role during the Sieges of Zaragoza (1808-1809). The bombings during this conflict caused damages that were repaired in the first half of the 19th century. At the end of this century, the partial ruin of the convent on don Teobaldo's street allowed the construction of a new façade to the city. Throughout the 20th century, after it was declared a National Monument, the State financed various interventions in it, such as the consolidation of the wall, the construction of a new pavilion and the restoration of the cloister.

Keywords

Monastery of the Holy Sepulchre of Zaragoza, Sieges of Zaragoza, Ricardo Magdalena Tabuenca, Luis de la Figuera y Lezcano, Manuel Lorente Junquera.

* * * * *

* Arquitecto y doctorando del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza. Dirección de correo electrónico: 628155@unizar.es. ORCID iD: <https://orcid.org/0009-0009-8565-7004>. Trabajo realizado en el marco de «TRAZA. Grupo de Investigación en Arte Medieval y Moderno en Aragón» (H33_23D).



Los Sitios que vivió Zaragoza en 1808 y 1809 supusieron un antes y un después en la vida de sus habitantes. Este momento actuó como punto de inflexión en la historia de la ciudad y dio paso a una Edad Contemporánea caracterizada por transformaciones urbanísticas, movimientos sociales y nuevas maneras de pensar. Todas estas cuestiones tuvieron su impacto en el monasterio del Santo Sepulcro de Zaragoza de los siglos XIX y XX.

Los franceses describieron Zaragoza durante los Sitios como una ciudad donde «los palacios, los conventos y los principales palacetes habían sido transformados en verdaderas ciudadelas y estaban ocupadas por guarniciones provistas de armas, víveres y municiones».¹ La imagen del monasterio del Santo Sepulcro no distaría mucho de ese relato. Tanto Agustín Alcaide como Faustino Casamayor mencionan la colocación de piezas de artillería en sus muros durante el Primer Sitio de Zaragoza en el verano de 1808.² Se trataba de una posición estratégica, pues permitía proteger el flanco de la Puerta del Sol al mismo tiempo que controlar la margen izquierda del Ebro. Durante este Primer Sitio, lo más cerca que llegaron los franceses del convento fue la plaza de la Magdalena, a la que arribaron desde el Coso y donde fueron repelidos en agosto de 1808.

Durante el interludio de los Sitios la ciudad de Zaragoza se fortificó. Wifredo Rincón propone que los muros del monasterio fueron recrecidos y reforzados con materiales ligeros, como ladrillo, de manera similar a otros puntos de la ciudad.³ Durante este periodo se realizaron obras de carpintería y albañilería en el convento, aunque la escasa proporción de ladrillo empleado (inferior a 2 m³) no parece indicar una fortificación del mismo.⁴ Pese a ello, la hipótesis de Rincón resulta plausible, pues el convento era un lugar estratégico para la defensa de la ciudad al Este y hay constancia de la apertura de troneras en su muro durante el Segundo Sitio de Zaragoza en invierno de 1809.⁵

La táctica francesa por el frente oriental consistía en tomar el convento de San José y, tras ello, cruzar el río Huerva hasta llegar al Ebro bordeando la ciudad. Con el apoyo de la artillería napoleónica ubicada en la margen izquierda, la infantería tenía que «tomar la ciudad por la retaguardia, batir las casas del muelle (paseo del Ebro) y empujar entonces fácilmente

¹ BELMAS, J. V., *Journaux des sièges faits ou soutenus par les français dans la péninsule de 1807 à 1814*, París, Firmin Didot, 1836, p. 226.

² ALCAIDE IBIECA, A., *Historia de los dos sitios que pusieron a Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleón*, vol. 1, Madrid, Imprenta de D.M. de Burgos, 1830, p. 185; y CASAMAYOR Y ZEBALLOS, F., *Diario de los sitios de Zaragoza*, Zaragoza, Biblioteca Argensola, 1908, p. 108.

³ RINCÓN GARCÍA, W., *La Orden del Santo Sepulcro en Aragón*, Zaragoza, Guara Editorial, 1982.

⁴ Archivo del Monasterio del Santo Sepulcro [AMSS], sig. 36-26-2, f. 1 r. (Zaragoza, 3-X-1808).

⁵ ALCAIDE IBIECA, A., *Historia de los dos sitios...*, vol. 2, p. 130.



Fig. 1. Territorio controlado por los franceses en el entorno del Santo Sepulcro el 21 de febrero de 1809. Plano de Guillaume Dode de La Brunerie (Documentos y Archivos de Aragón).

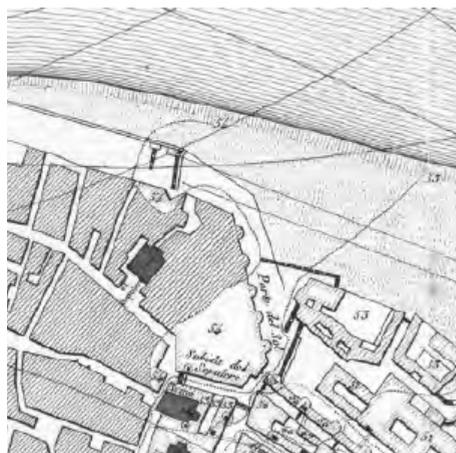


Fig. 2. Territorio controlado por los franceses en el entorno del Santo Sepulcro el 21 de febrero de 1809. Plano de Ambroise Tardieu (Documentos y Archivos de Aragón).

por los caminos hasta la iglesia del Pilar».⁶ Esta operación se desarrolló en febrero de 1809, cuando los franceses levantaron baterías entre el convento de Jesús y el río Ebro, dando comienzo así a un continuo bombardeo de la margen derecha que duró hasta la capitulación de la ciudad el 20 de dicho mes. Para esa fecha el enemigo tenía rodeado el convento del Sepulcro. Al sur controlaba la Subida de la Trinidad. Al norte los cañones habían abierto una brecha frente a los restos del puente de tablas y un grupo de cincuenta polacos ocupaba la zona. Así puede verse en los planos de Ambroise Tardieu y de Guillaume Dode de La Brunerie, ambos de dicha época [figs. 1 y 2]. Bajo esta premisa, el convento del Sepulcro habría sido tomado mediante un movimiento en pinza desde la calle del Sepulcro, no siendo necesario emplear minas, que tan costosas en material, tiempo y vidas habían sido para el ejército invasor. Nótese que la documentación francesa habla detalladamente del minado del Coso, de la Universidad o del convento de la Trinidad, pero no hay mención expresa al convento del Sepulcro.

Si bien el convento del Sepulcro no se vio sometido a la gran destrucción que sufrieron otros monasterios de la ciudad, como San Agustín, Santa Engracia o San Francisco, sí que fue bombardeado. Testimonio de estos

⁶ BELMAS, J. V., *Journaux des sièges...*, pp. 242-243.

hechos son los restos balísticos hallados en sus muros. Los bombardeos de enero de 1809 provocaron la salida de las monjas, que no retornaron al monasterio hasta septiembre de 1813, tras haber abandonado los franceses la ciudad en julio de ese mismo año.⁷

Durante el control de Zaragoza por el ejército francés, las monjas permanecieron en una casa en la calle del Sepulcro ya que «a causa de haber quedado su casa o Convento muy lastimado del bombo, no pudieron entrar inmediatamente a la capitulación a habitarlo».⁸ Es en 1811 cuando se proponen volver a su hogar y dedicarse a la enseñanza pública de las niñas. Esta cuestión va en la línea de las reformas educativas que se estaban implementando por el gobierno de José I Bonaparte en la España napoleónica.

En esta fecha de 1811, parte del convento había sido reparado para que las monjas pudieran habitar sin peligro. En mayo de 1809 «estuvieron un oficial y dos peones cerrando boquetes en el convento»; en otoño de ese mismo año, el carpintero Tomas Laviña recibe un pago «por componer el convento y el albañil Manuel de Gracia por los reparos precisos hechos en el convento».⁹ Atendiendo a las mediciones desglosadas, todo parece indicar que se trata de arreglos en cubiertas y forjados dañados por la caída de bombas. Estos daños se relacionan con los que relata José de Yarza Lafuente en su informe de la iglesia de San Nicolás de Bari, cuyos tejados, bóvedas y pavimentos habían sido arruinados por el bombardeo.¹⁰

Tras la vuelta de las monjas en septiembre de 1813, continúan los arreglos del convento:¹¹ En 1814 y 1820 se repararon tejados; en 1818 se reedificó el granero, se ejecutaron seis alcobas en el dormitorio y se habilitó un cuarto para colocar papeles y el gallinero; en 1820 se «desenronó» la bodega de agua; y en 1823 se reparó la cocina y el común del convento, el entarimado del coro y los encerados bajo la dirección de José de Yarza. Será este arquitecto el encargado de dirigir las obras de rehabilitación de la contigua iglesia de San Nicolás de Bari entre 1825 y 1826. Las religiosas del Santo Sepulcro no sólo colaboraron económicamente en la reparación

⁷ VILLANUEVA HERRERO, J. R., «Espacio sagrado en tiempo de guerra: los efectos de los Sitios de Zaragoza sobre la iglesia de San Nicolás de Bari y el Monasterio de la Resurrección o del Santo Sepulcro (1808-1809)», en *La Orden del Santo Sepulcro, III Jornadas Internacionales de Estudio*, Zaragoza, Centro de Estudios de la Orden del Santo Sepulcro, 2000, pp. 89-102, espec. pp. 94 y 101.

⁸ AMSS, sig. 50-1-31, f. 1 r. (Zaragoza, 1-IV-1811).

⁹ AMSS, sig. 27-1, recibo n.º 20, f. 1 r. (Zaragoza, s. f., h. 1809); y 22, ff. 1 r.-2 r. (Zaragoza, 31-XII-1809).

¹⁰ Para más información, véase ESPARZA URROZ, J. M.^a, «El escultor José Sanz y el arquitecto José de Yarza Lafuente; sus intervenciones en la iglesia de San Nicolás de Bari de Zaragoza», en *La Orden del Santo Sepulcro, III Jornadas Internacionales de Estudio*, Zaragoza, Centro de Estudios de la Orden del Santo Sepulcro, 2000, pp. 263-272.

¹¹ AMSS, sig. 31-01, pp. 156-160.

de San Nicolás,¹² sino que, además, costearon las obras del coro alto que estaba conectado con el dormitorio del convento y era utilizado por ellas desde época medieval.¹³ La obra del coro alto se desarrolló entre mayo y noviembre de 1826 y alcanzó la suma de 391 libras jaquesas, 3 sueldos y 11 dineros. Aquí no sólo se incluían los gastos de albañilería y carpintería, sino también, la confección del órgano (que ocupó un cuarto del presupuesto), así como las pinturas, vidrieras, telas y esteras que ennoblecían el espacio.

Fue a finales del siglo XIX cuando se produjo la mayor reconfiguración arquitectónica del edificio en época contemporánea. El detonante fue una fuente pública adosada a la fachada del convento en la calle don Teobaldo. Su ubicación puede conocerse gracias al plano de Casañal de 1879 [fig. 3]. Este surtidor, que dataría con posterioridad a agosto de 1861,¹⁴ dio problemas al poco tiempo de ser ejecutado. En febrero de 1868, la comunidad de religiosas del Sepulcro notificó al Ayuntamiento que, «a consecuencia del desagüe de una fuente que hay junto a las paredes de dicho convento se han manifestado en él algunas filtraciones, cuya humedad perjudica no solo a la salud de la comunidad, sino que también causa perjuicios a la solidez del edificio».¹⁵ Pese a las reparaciones, las filtraciones de agua continuaron minando los cimientos del convento, lo que provocó la aparición de grietas en su fachada.

Finalmente, el 20 de febrero de 1882 se desgajó la fachada afectada por la fuente provocando el hundimiento parcial del techo del dormitorio. El volumen colindante con la calle amenazaba ruina. Las religiosas tuvieron que desplazar el torno-locutorio y apuntalar el interior del convento. El municipio practicó los apeos necesarios en el exterior. El desplome de la fachada del convento tuvo que ser de gran magnitud, pues resultó preciso acodalarla con la fachada de la vivienda sita en calle de don Teobaldo n.º 6. La situación afectaba a la seguridad ciudadana y era preciso tomar una decisión: Pese a los desacuerdos existentes entre el Ayuntamiento y las religiosas en torno a la reclamación por daños y perjuicios, se optó por demoler la parte del edificio arruinada. Aprovechando el derribo y posterior reconstrucción de la fachada del convento del Sepulcro, la corporación municipal propuso el ensanche y alineación de la calle de don Teobaldo.

¹² AMSS, sig. 31-01, p. 160 r.: «se sacaron del archivo 53E 2 \$ 8 dineros que se entregaron con recibo que existe en el mismo al Luminero don Pedro Dusen para ayuda de la reparación de la Yglesia de San Nicolás».

¹³ USÓN GARCÍA, R., *La arquitectura medieval cristiana de Zaragoza. Orígenes y particularidades de la arquitectura gótica regional*, vol. II, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2024, p. 292.

¹⁴ La fuente de calle del Sepulcro no aparece en el anteproyecto de fuentes públicas para la ciudad con el sobrante de las aguas que conduce la cañería de la Fuente de la Princesa. Archivo Municipal de Zaragoza [AMZ], sig. ES 50297.

¹⁵ AMSS, sig. 35-2-15, f. 1 r. (Zaragoza, II-1868).

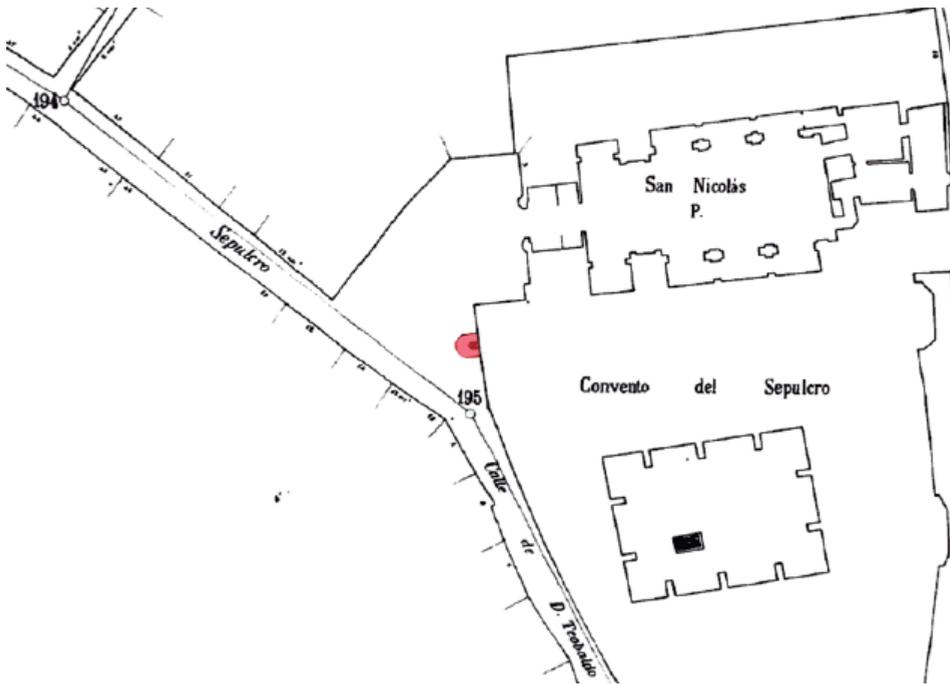


Fig. 3. Entorno del convento del Sepulcro en 1879 con la fuente señalada en rojo (Archivo Municipal de Zaragoza).

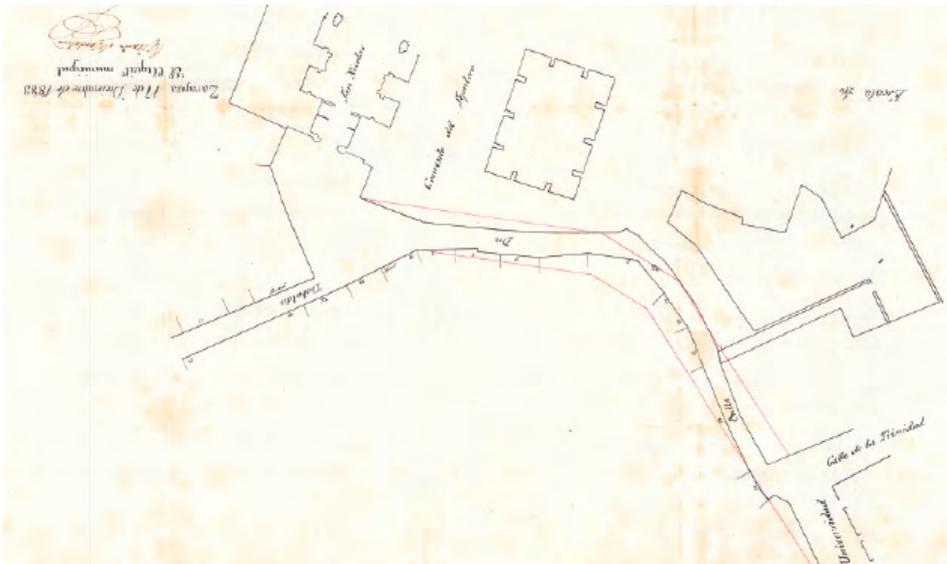


Fig. 4. Plano de alineación de la calle de don Teobaldo por Ricardo Magdalena en 1884 (Archivo Municipal de Zaragoza).

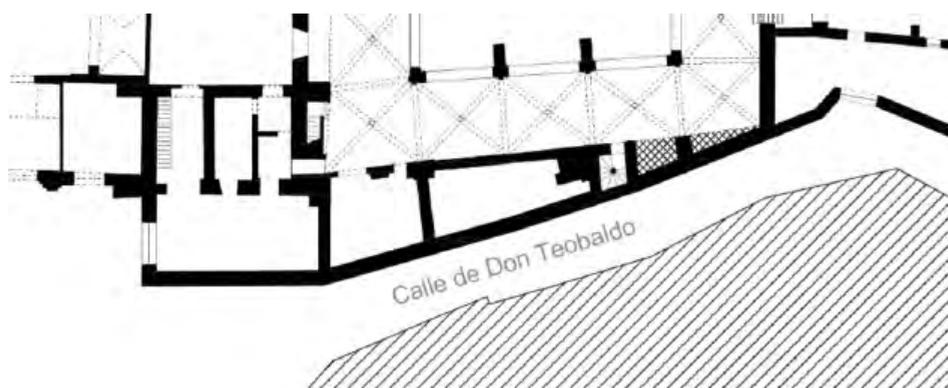


Fig. 5. Estado del frente del convento a la calle de don Teobaldo antes de la intervención de Ricardo Magdalena en 1884. Elaboración: autor.

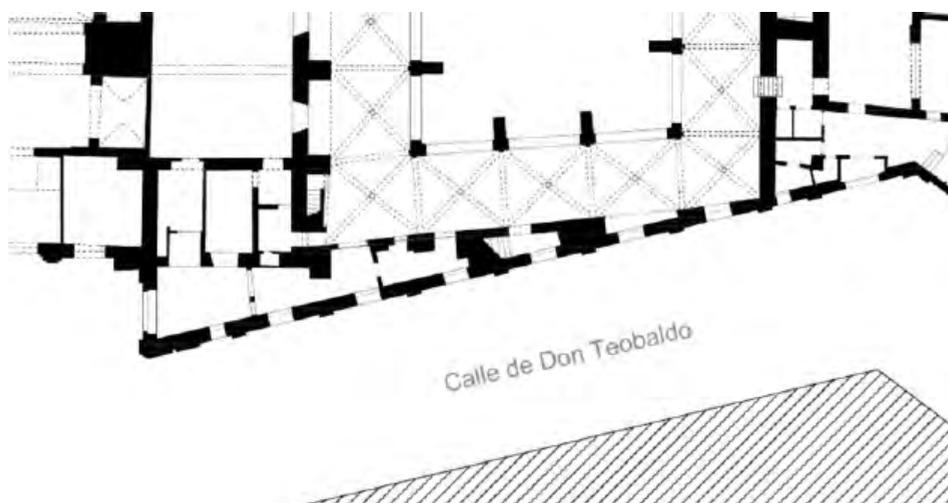


Fig. 6. Estado actual del frente del convento a la calle de don Teobaldo. Elaboración: autor.

El proyecto de alineaciones redactado por el arquitecto municipal Ricardo Magdalena fue aprobado definitivamente el 18 de marzo de 1884 [fig. 4]. Tras ello, el mismo arquitecto redactó el proyecto para reconstruir las fachadas del convento del Santo Sepulcro de Zaragoza. Una vez concedida la licencia el 24 de mayo de ese mismo año se ejecutaron las obras que finalizaron un año después.¹⁶

¹⁶ El transcurso de estos asuntos acaecidos se recoge en el expediente número 0000638/1884 del Archivo Municipal de Zaragoza.



Fig. 7. Forjado medieval empotrado en la fachada decimonónica. Fotografía: autor.

La intervención arquitectónica fue sustancial. Las religiosas cedieron unos 55 m² de terreno para ensanchar la calle de don Teobaldo, lo que redujo en un tercio la superficie en planta del volumen occidental del convento. Gracias al minucioso informe pericial del arquitecto Elías Ballespin y Larroyed puede conocerse el estado original de la parte del convento afectada por la ruina y, con ello, compararse con la intervención de 1884 [figs. 5 y 6].

Estructuralmente, Ricardo Magdalena pudo reaprovechar el forjado de la planta noble actualmente empotrado en la fachada decimonónica y carente de ménsula de apoyo [fig. 7]. El forjado superior no corrió la misma suerte al ser el más afectado por el desplome de la fachada. En palabras de Elías Ballespin, el descabezamiento de los pilares extremos provocó el arrastre consigo de «la pared, los suelos, tabiques divisorios, y aun las paredes transversales, hasta el punto de abrir las bovedillas, dando lugar al hundimiento de algunas de ellas». Esto permite comprender por qué en el ala occidental del claustro alto el forjado superior está realizado con vigas de hierro a diferencia de las restantes pandas cubiertas por un alfarje medieval. La novedosa estructura de metal sustituyó al antiguo forjado de madera (seguramente en mal estado) y permitió coser el claustro existente con el nuevo volumen de fachada.

La fachada historicista proyectada por Ricardo Magdalena destaca por el uso del ladrillo con el que se configura en algunos paramentos la cruz patriarcal, insignia de las canonesas del Santo Sepulcro. Además, incor-



Fig. 8. Fachada proyectada por Ricardo Magdalena. Fotografía: autor.

pora elementos reutilizados, como el tímpano sobre la puerta de acceso y las cerámicas del siglo XVI retiradas del antiguo refectorio y colocadas a modo de friso.¹⁷ Otro rasgo peculiar es la bicromía del ladrillo. En general, se emplea un ladrillo terroso, pero los fondos de la planta noble poseen un ladrillo de tono rojizo que dota de mayor plasticidad al conjunto [fig. 8]. Esta diferencia de tonalidad existió en la heteróclita fachada que se desplomó. Elías Ballespín describe la fachada con una parte inferior de ladrillo caravista asentado con yeso, mientras que la parte superior estaba articulada por pilares de ladrillo cuyos entrepaños se rellenaban de adobe o tapial en algunos tramos. Plásticamente, sería algo similar a lo que actualmente podemos contemplar en el edificio «mirador» colindante con la iglesia de San Nicolás de Bari [fig. 9].

El día 10 de agosto de 1893 supuso otro punto de inflexión en el devenir del monasterio. Con esta fecha se declaró Monumento Nacional y se encomendó su custodia e inspección a la Comisión de Monumentos de Zaragoza.¹⁸ Los gastos necesarios para conservar el monumento pasarían a ser costeados por el gobierno español. Las razones argüidas para tan magna distinción se recogen en sendos informes de la Real Academia de la Historia y de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Ambas academias hacen especial hincapié en la muralla al vincularla con la fortificación romana del emperador Augusto y con el castillo del rey Teobaldo. El resto del monasterio queda en segundo plano. Esta perspectiva va en consonancia con otras visiones del momento. En 1844 José María Quadrado consideró el monasterio del Santo Sepulcro como «poco de interesante para las artes».¹⁹

¹⁷ RINCÓN GARCÍA, W., «El claustro del monasterio del Santo Sepulcro de Zaragoza», en *La Orden del Santo Sepulcro, II Jornadas Internacionales de Estudio*, Zaragoza, Centro de Estudios de la Orden del Santo Sepulcro, 1996, pp. 303-318, espec. p. 311.

¹⁸ *Gaceta de Madrid*, n.º 234 (22-VIII-1893), pp. 663-664.

¹⁹ QUADRADO NIETO, J. M.^a, *Recuerdos y bellezas de España - Aragón*, vol. 4, Barcelona, Joaquín Verdaguier, 1844, p. 288.

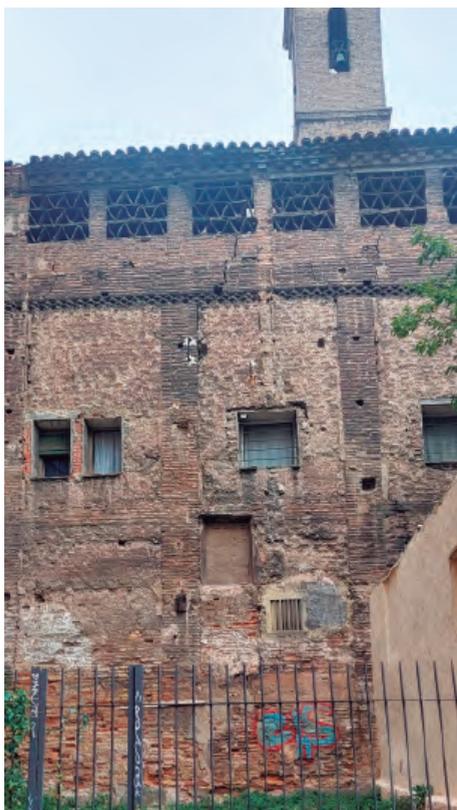


Fig. 9. Fachada del edificio mirador.
Fotografía: autor.

En 1845, Madoz centraba su valor en la muralla del edificio: «Este monast. todavia conserva parte de los muros ant. de César Augusto, únicos restos que quedan en esta c. de aquella época: fue cast. del mismo rey D. Teobaldo».²⁰ En 1890, Gascón de Gotor también se centra en este elemento: «Sin apariencia ninguna, ni adornos que la embellezcan y cubierta del verde musgo, hallará el viagero amante de las glorias históricas, en la ribera del Ebro y á la espalda del convento del Sepulcro, un denegrido fragmento del muro, que veintitrés años antes de Jesucristo, circuía a la ciudad».²¹ Cabe tener en cuenta que la muralla era la única pieza distintiva del monasterio que veía el común de la población, pues su interior permanecía difícilmente accesible por la clausura.

Ante la aparición de grietas en los arcos del claustro bajo y otros desperfectos en el edificio, las religiosas solicitaron la actuación del Estado.²² El Ministerio de Fomento

encargó a Ricardo Magdalena en 1894 practicar «un minucioso reconocimiento en aquel monasterio a la mayor brevedad formulando después el proyecto de las obras que considere absolutamente indispensables para su conservación».²³ Las obras adjudicadas en 1899 consistieron en cimentar y reparar el claustro, enlosar su nivel inferior con piedra de Tafalla, entarimar su nivel superior y hacer reparaciones en el refectorio bajo y en el refectorio alto.²⁴

²⁰ MADDOZ IBÁÑEZ, P., *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar*, vol. XVI, Madrid, Establecimiento tipográfico de P. Madoz y L. Sagasti, 1845-1850, p. 577.

²¹ GASCÓN DE GOTOR, A., *Zaragoza artística, monumental é histórica*, vol. 1, Zaragoza, Imprenta de C. Ariño, 1890, pp. 44-45.

²² AMSS, sig. 75-18, ff. 1 r.-1 v. (Madrid, 5-VI-1893).

²³ AMSS, sig. 75-20, ff. 1 r.-1 v. (Madrid, 21-VI-1894).

²⁴ AMSS, sig. 44-03, p. 19.

Tras el fallecimiento de Ricardo Magdalena en 1910, Luis de la Figuera tomó el relevo como arquitecto de las obras del monasterio. El 1 de septiembre de 1913 se le encargó la redacción de un proyecto para acometer reformas en este Monumento Nacional.²⁵ La intervención se centraba en dos ámbitos: la muralla y el pabellón en la calle don Teobaldo.

En el sector de la muralla el proyecto tenía por objeto consolidar los torreones que amenazaban ruina y eliminar las celdas existentes entre ambos. Además, planteaba sustituir la tapia que daba a la Ronda del Ebro por una verja de tal modo que se pudiera ver mejor la muralla desde el espacio público.²⁶ Los daños de la muralla no sólo se debían al paso del tiempo, sino también al expolio. El Ayuntamiento de Zaragoza mandó extraer dos piedras de la muralla del Sepulcro, una en 1913 y otra en 1914, para que sirvieran de piedras fundacionales en las Casas de Aragón erigidas en Buenos Aires y Barcelona respectivamente.²⁷ El Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes dispuso «evitar nuevas extracciones», ya que ponían en peligro la conservación del Monumento Nacional.²⁸

Por otro lado, en el ámbito de calle de don Teobaldo había que derribar el pabellón hundido y levantarlo de nuevo, adecuándolo a la alineación de fachada fijada en 1884. En el nuevo pabellón se mantendrían los locales de enseñanza, se instalaría una nueva ropería y a él se trasladarían las celdas suprimidas del sector de la muralla.

El coste total de las obras ascendía a 61 475,46 pesetas,²⁹ y resultaba demasiado elevado para las arcas públicas, que estaban financiando obras en otros Monumentos Nacionales de Zaragoza: la cripta de Santa Engracia y el Templo del Pilar. Las de este último tenían carácter preferente tanto para el arzobispo como para el Estado, pues había que consolidar estructuralmente la basílica para evitar que esta se viniese abajo.³⁰ Por eso, en 1916 se requirió desde Madrid dividir el presupuesto en fases.³¹ El arquitecto estableció tres: La primera abarcaba los derribos, la segunda comprendía la construcción del pabellón de calle de don Teobaldo, y la tercera incluía el descubrimiento y saneado de la muralla.

La primera parte del presupuesto se aprobó en el verano de 1918. Se comenzó a derribar el volumen ruinoso de la ribera y se continuó con el pabellón de la calle de don Teobaldo. Las demoliciones finalizaron en

²⁵ AMSS, sig. 74-9, ff. 1 r.-1 v. (Zaragoza, 23-VI-1914).

²⁶ AMSS, sig. 74-8, f. 1 r. (Zaragoza, 17-VI-1914).

²⁷ AMSS, sig. 44-03, p. 44.

²⁸ AMZ, Caja 1922, Expediente 0002232/1914, ff. 1 r.-1 v. (Zaragoza, 17-VI-1914).

²⁹ AMSS, sig. 44-03, p. 46.

³⁰ AMSS, sig. 75-36, ff. 1 r.-1 v. (Zaragoza, 9-XII-1914).

³¹ AMSS, sig. 44-03, p. 55.

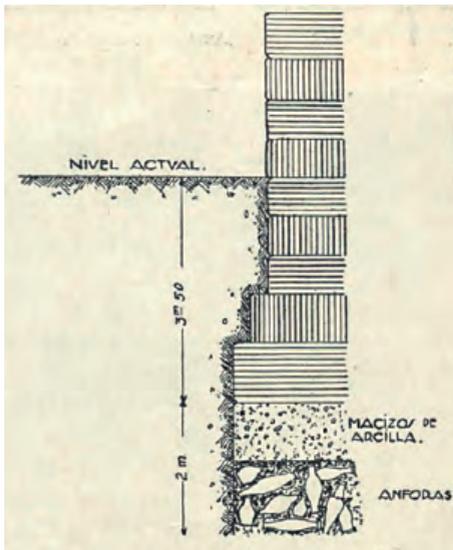


Fig. 10. Sección de la cata arqueológica.
Fuente: DE LA FIGUERA Y LEZCANO, L.,
«El Monasterio del Santo Sepulcro de
Zaragoza», *Arquitectura*, n.º 95,
marzo de 1927, p. 86.

1919.³² Fue en esta fase de las obras cuando Luis de la Figuera realizó catas arqueológicas en los cimientos de la muralla descubriendo los niveles inferiores formados por sillares romanos. Continuando la excavación halló un lecho de ánforas a una cota inferior a -3,50 m de profundidad [fig. 10].³³ Las ánforas se depositaron en el Museo de Zaragoza [fig. 11].³⁴

La segunda fase fue aprobada en febrero de 1925,³⁵ pero surgió un problema: El proyecto inicial de Luis de la Figuera redactado en julio de 1914 se adecuaba a la alineación de calle de don Teobaldo fijada por el plano de Ricardo Magdalena de 1884. Para 1925 no se habían expropiado los terrenos afectados por dicha alineación y, en caso de ejecutar las obras, la anchura de calle en su punto más desfavorable quedaría reducida a 70 cm. Era urbanísticamente inviable. Por ello, el arquitecto municipal Miguel Ángel Navarro propuso rectificar la alineación de calle de don Teobaldo, evitar las expropiaciones y permitir una anchura de calle adecuada. Se pasó de las tres alineaciones proyectadas originalmente que daban curvatura a la calle, a dos alineaciones que generaban el brusco recodo que observamos hoy en día [fig. 12]. Una vez modificada la alineación, el Ayuntamiento de Zaragoza concedió la licencia para construir «un pabellón de 2 plantas en el Convento del Sepulcro» el 15 de julio de 1925.³⁶

Luis de la Figuera sigue el estilo de Magdalena con una fachada historicista en ladrillo articulada con el mismo lenguaje de pilastras, arcos apuntados y frisos de azulejos. Incluso repite la cruz patriarcal del Santo Sepulcro en ladrillo. Un único rasgo distingue la aparente homogeneidad

³² AMSS, sig. 44-03, pp. 57-60.

³³ DE LA FIGUERA Y LEZCANO, L., «Descubrimiento de la Muralla de César Augusta», *Revista Aragón*, vol. 4, n.º 29, febrero de 1928, pp. 32-34.

³⁴ AMSS, sig. 74-3, f. 1 r. (Zaragoza, 25-III-1919).

³⁵ AMSS, sig. 44-03, p. 102.

³⁶ AMZ, Expediente n.º 2697/1925, f. 12 r. (Zaragoza, 15-VII-1925).



Fig. 11. Ánforas. Fuente: DE LA FIGUERA Y LEZCANO, L., «Descubrimiento...», p. 32.

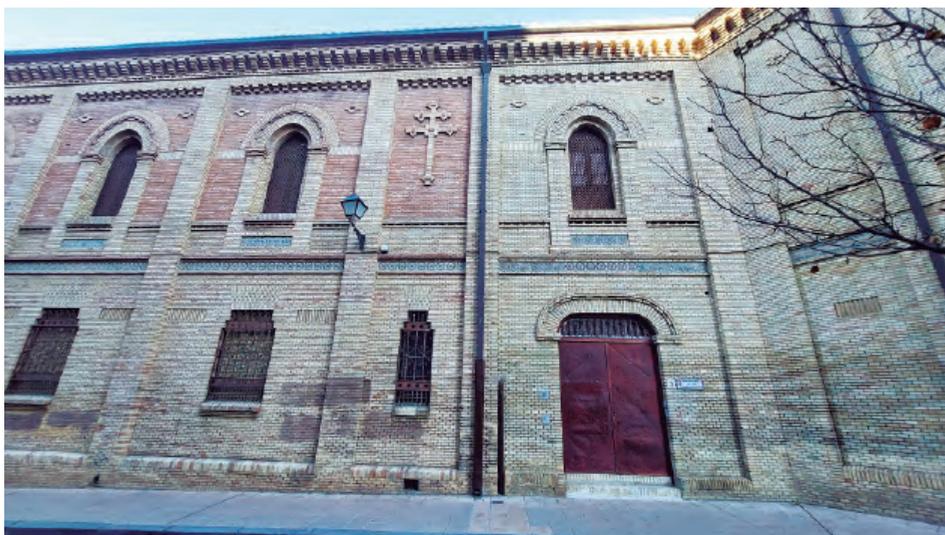


Fig. 12. Plano de alineación de la calle de don Teobaldo por Miguel Ángel Navarro en 1925. Indica también la alineación original de Ricardo Magdalena de 1884 (Archivo Municipal de Zaragoza).

entre ambas fachadas: Ricardo Magdalena optó por la bicromía combinando el ladrillo terroso con otro más rojizo, mientras que Luis de la Figuera se decidió por emplear una única tonalidad terrosa, lo que resta plasticidad al conjunto, pero permite su diferenciación y evitar el mimetismo [fig. 13]. Las obras terminaron el 25 de junio de 1929.³⁷

La tercera fase del proyecto de Luis de la Figuera fue modificada tras el hallazgo del campo de ánforas. Se mantuvo la idea de retirar la tapia y ejecutar una verja que permitiese contemplar la muralla desde el exterior. El cambio consistía en construir un muro de contención para sostener las tierras de la Ronda del Ebro y vaciar el terreno para descubrir los restos de la muralla romana hasta la profundidad de -3,50 m. Además, un conjunto de escaleras permitía acceder al foso y recorrer su interior [fig. 14].³⁸ Lamentablemente, los inestables años 30 habían comenzado y Luis de la Figuera no llegó a ejecutar dicho proyecto.

Durante la II República el convento fue objeto de las tensiones sociales del momento. Sus puertas fueron atacadas con artefactos incendiarios en 1931 y 1933.³⁹ Este mismo año se dispararon balas al interior del convento. «Algunas balas se recogieron y otras se incrustaron en el pasillo que va al refectorio y en el pasillo de la parte de la ribera. Además, hubo un tiroteo entre la policía y unos comunistas (que) se hallaban refugiados en nuestra torre, torreones y tejados».⁴⁰ Todos estos actos provocaron daños en el convento.

Durante el Franquismo destaca la figura de José Manuel Pardo de Santayana, Gobernador Civil de Zaragoza entre 1953 y 1965 y miembro de la Orden del Santo Sepulcro, que promovió numerosas obras de reforma y reparación en el convento. En 1954 se encargó a Manuel Lorente Junquera la reconstrucción de la escalera principal que partía de la antigua sala capitular y conectaba con el piso superior del pabellón de Luis de la Figuera.⁴¹ Este arquitecto realizó otras intervenciones, como la repristinación del claustro, cuyas obras se desarrollaron a partir de los años sesenta. En el claustro bajo se abrieron los vanos ojivales que habían sido tapiados y se limpiaron parcialmente las bóvedas. El arqueólogo Antonio Beltrán Martínez, que también participó en las obras del convento, menciona la existencia de «trazas de pinturillas decorativas en las bóvedas, y rastros de la tracería calada gótica, canecillos y capiteles revestidos de yeso y arran-

³⁷ AMSS, sig. 44-03, p. 110.

³⁸ DE LA FIGUERA Y LEZCANO, L., «Descubrimiento...», pp. 31-34.

³⁹ AMSS, sig. 44-03, p. 113.

⁴⁰ AMSS, sig. 44-03, pp. 126-130.

⁴¹ AMSS, sig. 44-03, p. 200 y sig. 71-06.

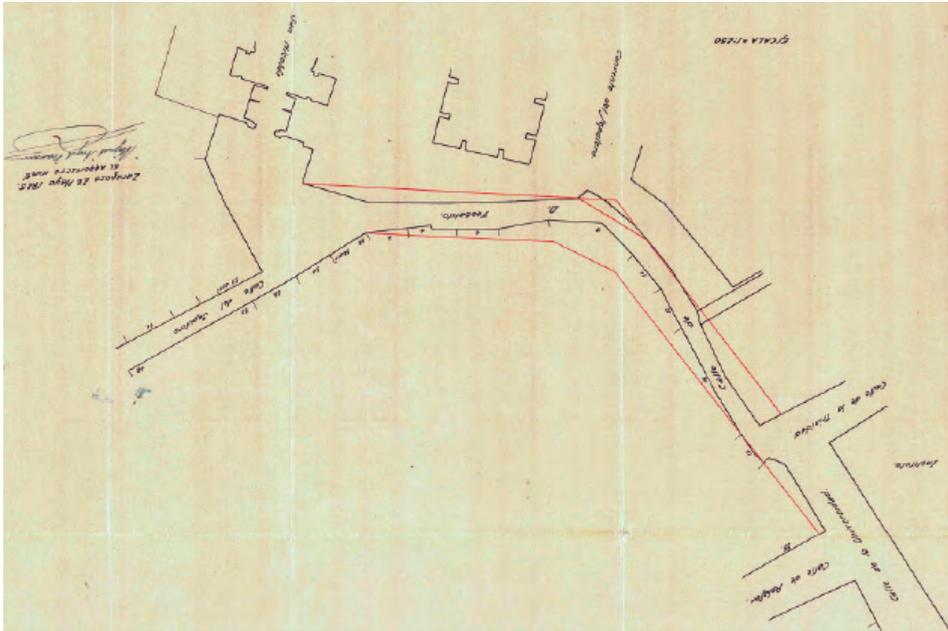


Fig. 13. Continuidad formal entre las fachadas proyectadas por Ricardo Magdalena (izquierda) y Luis de la Figuera (derecha). Fotografía: autor.

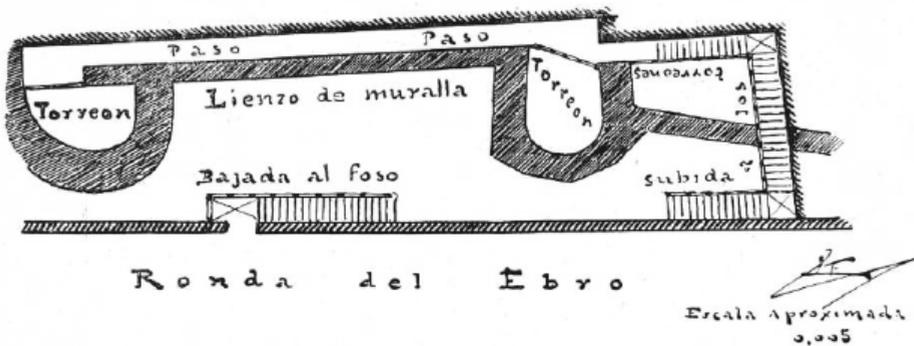


Fig. 14. Planta de la tercera fase del proyecto de Luis de la Figuera. Fuente: DE LA FIGUERA Y LEZCANO, L., «Descubrimiento...», p. 32.



Fig. 15. Estado del claustro durante la intervención de Manuel Lorente Junquera. Fuente: BELTRÁN MARTÍNEZ, A., «Notas...», pp. 159-167.



Fig. 16. Estado actual del claustro. Fotografía: autor.

ques de nerviaciones». ⁴² De estos rastros nada queda en los desnudos arcos ojivales de la actualidad. En el claustro alto se reabrió la galería de arcos apuntados cerrando sus vanos con ventanas [figs. 15 y 16]. Finalmente, el bajocubierta fue recrecido hasta conformar un nuevo piso a modo de «galería arquivada de tipo aragonés». ⁴³

En conclusión, las intervenciones arquitectónicas en el convento del Santo Sepulcro a lo largo de los siglos XIX y XX van más allá de meras reparaciones o reformas. Se genera una nueva imagen tanto hacia el interior, con la repristinación del claustro, como hacia el exterior, con el volumen de la calle de don Teobaldo. Pese a lo dilatado de estas intervenciones en el tiempo, hay un nexo común: la evocación del pasado medieval. Esto se ve en la fachada de Ricardo Magdalena de 1884. En sus obras coetáneas, como la iglesia de Garrapinillos, el asilo de las Hermanas de los Ancianos

⁴² BELTRÁN MARTÍNEZ, A., «Notas sobre la restauración del monasterio de Canonisas del Santo Sepulcro, de Zaragoza», *Zaragoza*, n.º 17, 1963, pp. 159-167.

⁴³ *Ibidem*, p. 164.

Desamparados, o la Facultad de Medicina y Ciencias de Zaragoza, predomina el arco de medio punto. Por contra, en su obra del convento del Santo Sepulcro emplea el arco apuntado. Magdalena no se inspira en el Renacimiento (considerado el estilo genuinamente aragonés a finales del siglo XIX), sino en el gótico-mudéjar propio del edificio medieval donde le había tocado intervenir. Esto se refuerza con el uso casi textil del ladrillo y el empleo de azulejos. Cuarenta años después, Luis de la Figuera mantiene este lenguaje para continuar la fachada de su mentor. En los años sesenta, la repristinación del claustro de Lorente Junquera va en la misma línea: la de reestablecer el estilo primitivo ideal del conjunto. Para ello abre las arcadas ojivales inferiores (que originalmente tendrían tracerías) y genera una galería corrida de arcos apuntados en el nivel superior. De este modo, el alzado del claustro se relaciona con el del monasterio del Santo Sepulcro de Calatayud.⁴⁴ En definitiva, es en los siglos XIX y XX cuando el convento sale de su clausura arquitectónica revelando siglos de historia al evocar su pasado medieval.

⁴⁴ Para más información, véase IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J., ALEGRE ARBUÉS, J. F., NEBRA CAMACHO, V. y MARTÍN MARCO, J., *El Santo Sepulcro de Calatayud*, Calatayud, Centro de Estudios Bilbilitanos, 2017.

